

SOLEMNIDAD DE LA VIRGEN DE MONTSERRAT
Homilía del cardenal de Barcelona, Dr. Lluís Martínez Sistach
27 de abril de 2015

En el corazón del tiempo pascual celebramos la solemnidad de la Virgen de Montserrat. Vivimos intensamente la alegría de la resurrección del Señor que vincula íntimamente a María en su obra de redención y nos ha obtenido a todos la salvación.

Año tras año, una multitud de peregrinos suben a Montserrat para venerar a nuestra Patrona. La Moreneta está muy vinculada a la piedad de los catalanes, y a sus pies le confiamos todo lo que llevamos en lo más íntimo de nuestro corazón confiando en su intercesión maternal. La Virgen es también nuestra Madre porque Jesús en el Calvario nos hizo el obsequio inestimable de su Madre en la persona del discípulo Juan.

Poco después de la narración de la anunciación, el evangelista Lucas nos guía tras los pasos de la Virgen de Nazaret hacia una ciudad de Judea. Según los estudiosos esta era la ciudad de Ain-Karem, situada entre las montañas, no lejos de Jerusalén. El Evangelio nos dice que María fue decididamente a visitar a su pariente Isabel que, como le había comunicado el ángel, esperaba un hijo, ¡ella que era de edad avanzada y había concebido un hijo por el poder de Dios!

María, la llena de gracia, la llena de amor a Dios y a los hermanos, al tener noticia de que Isabel ya se encontraba en el sexto mes, fue rápidamente a ayudarla. María no pensó en sí misma y en su *fiat* que había dado a Dios que comportaba la encarnación del Hijo de Dios en sus entrañas virginales por obra del Espíritu Santo. La Madre del Hijo de Dios se olvidó de sí misma y se entregó plenamente para ayudar a su pariente. Esta actitud de María es para todos nosotros motivo de imitación. Está en la línea de aquellas palabras de Jesús: "El que ama su propia vida la perderá; los que no lo aman en este mundo la guardará para la vida eterna" (Jn 12, 25).

Así, pues, María, movida por la caridad se dirige a la casa de su pariente. Y el Evangelio nos ha dicho que "en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura dentro de sus entrañas". María llevaba el Hijo de Dios en sus entrañas, como en un sagrario, y el Señor siempre es motivo de alegría cuando nos visita, como lo fue también para Juan, el Precursor del Mesías.

Isabel "llena del Espíritu Santo saludó a María con estas palabras: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre". Como nos dice San Juan Pablo II, "esta exclamación o aclamación de Isabel entraría posteriormente en el *Avemaría*, como una continuación del saludo del ángel, y se convertiría así en una de las oraciones más frecuentes de la Iglesia" (*Redemptoris Mater*, 12).

Pero todavía son más significativas las palabras de Isabel en la pregunta siguiente: "¿Y de dónde me viene esto, que la Madre de mi Señor venga a encontrar?". El mismo Papa polaco nos dijo que Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que ante ella está la Madre del Señor, la Madre del Mesías (cf. Id.). Podemos decir que esta es, en la intimidad de su casa de Zacarías, la primera proclamación pública de María como Madre de Dios. El fruto de las entrañas virginales era el Hijo de Dios. Y será el Concilio de Éfeso el que proclamará a María Virgen y esta es la invocación más extendida entre los cristianos de todo el mundo y de siempre.

En este breve fragmento del Evangelio de hoy cada palabra está llena de sentido. Sin embargo parece que tiene una importancia fundamental lo que Isabel con la inspiración del Espíritu Santo dice a María al final de su saludo: "¡Dichosa tu, que has

creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". María es feliz porque ha creído, porque es una mujer de fe. Es la felicidad de la fe, es la bienaventuranza de la fe. Los cristianos somos hombres y mujeres de fe, como María, y el elogio de Isabel se aplica también a nosotros. Somos felices porque hemos creído, porque creemos. Es lo mismo que dijo Jesús resucitado al Apóstol Tomás, el incrédulo, cuando el Señor se apareció de nuevo a los Apóstoles y Tomás estaba presente. Jesús le dijo a Tomás: "Dichosos los que crean sin haber visto" (Jn 20, 19-31).

Los creyentes somos felices porque hemos recibido gratuitamente e inmerecidamente el don de la fe que da sentido pleno a nuestra vida. El Papa Francisco nos dice que "si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva... su corazón sabe que no es lo mismo la vida sin él" (EG 120-121). Asimismo Isabel da a María, y nos da a todos nosotros, otra razón de esta bienaventuranza de la fe con estas palabras: "Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". Creemos porque confiamos en que Dios cumplirá todas las promesas que nos ha hecho. La fe es cuestión de confianza en Dios. La fe supera nuestra razón, por eso aceptamos los contenidos de la fe de la Iglesia porque confiamos en Dios, como lo hizo María, ya que el ángel en la anunciación le dijo que "para Dios nada hay imposible" (Lc 1, 37).

San Juan Pablo II, hablando de este fragmento evangélico, refiriéndose a la felicidad de la fe, nos ha dicho que "estas palabras se pueden poner junto al apelativo 'llena de gracia' del saludo del ángel. En ambos textos se revela un contenido mariológico esencial, o sea, la verdad sobre María, que ha llegado a estar realmente presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído" (*Redemptoris Mater*, 12). La plenitud de gracia, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don.

A menudo subimos a Montserrat para encomendar a la Moreneta a nuestros familiares y amigos en sus necesidades materiales y espirituales. Hoy lo hacemos también pidiendo a la Virgen de Montserrat que interceda para que sean muchas las personas de nuestro país que reciban el don de la fe para que puedan vivir la Bienaventuranza de la fe. Esto pide que nosotros -como nos dice el Papa Francisco- anunciemos a estos hermanos nuestros el kerygma, es decir, "la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesús muerto y resucitado" (EG 36).

El mismo Papa nos dice que "hoy que la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, hay una forma de predicación que nos atañe a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos" (EG 127). Porque, como sigue diciéndonos Francisco, si uno ha hecho la experiencia personal del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones (cf. EG 120). Ser discípulo de Jesús es tener la disposición permanente de llevar a otras personas el amor de Jesús y esto se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en todas partes.

El obispo Torras i Bages con motivo del 125 aniversario de la proclamación de la Virgen de Montserrat como patrona de Cataluña, por el Papa León XIII, escribió la Visita espiritual, donde figura esta oración que hacemos nuestra: "Virgen prodigiosa... consigue para tus catalanes aquella fe que hunde las montañas, eleva los valles y hace llano el camino de la vida".